

MÁS ALLÁ DE CULPAS Y BUENAS INTENCIONES: CONSIDERACIONES ACERCA DE LA UNIDAD POPULAR

RODRIGO BAÑO

Introducción

Mucho de lo que se ha escrito acerca de la Unidad Popular suele estar teñido de una perspectiva que, a falta de mayor imaginación, me atrevería a llamar subjetivista, entendiéndolo por tal aquel enfoque que tiende a fijar su atención y a ordenar la información según lo que supuestamente fueron las acciones conscientemente orientadas de los que aparecen como actores del proceso. En tal sentido, regularmente la mayoría de los análisis se desarrollan centrados en los aciertos y errores de los que se describen como actores principales del proceso, lo cual se expresa políticamente en atribución de responsabilidad o de culpabilidad en lo finalmente ocurrido. Dada la alta carga valorativa que tienen aquellos procesos políticamente conflictivos, no ha de extrañar tampoco que muchos de los estudios que se hacen sobre la Unidad Popular tiendan a adoptar una perspectiva que se suele expresar en términos de derrota o de fracaso. Esto es, que aquellos que valoran positivamente el proyecto de la Unidad Popular ven en su término más bien una derrota producida por la superioridad de sus enemigos, mientras que los que miran negativamente tal experiencia ponen el acento en el fracaso de ella en virtud de la incapacidad de quienes la dirigieron. Por cierto que en todo análisis serio se suelen considerar ambos aspectos y que sólo se trata del mayor énfasis puesto en uno u otro, pero en ambos casos resalta esa orientación subjetivista que aquí se señala.

No es que falten absolutamente estudios acerca de las condiciones sociales en las cuales tiene lugar la experiencia de la Unidad Popular, pero muchas veces sólo se señala tales condiciones para fundamentar la crítica a las acciones emprendidas por uno u otro sector, de manera que aparecen como aquella información básica que los actores no conocieron, olvidaron, interpretaron erradamente o creyeron transformable en una errada decisión. Es decir, nuevamente se vuelve a caer en el análisis centrado en los comportamientos conscientes y voluntarios, considerando como un dato secundario tanto las condiciones estructurales del momento como las acciones no reducibles al supuesto de la racionalidad de fines.

Es muy probable que este predominio del análisis del comportamiento de los actores y las evaluaciones prácticas en torno a los aciertos o errores supuestamente cometidos, se corresponda con el hecho de que quienes realizan tales análisis son regularmente personas comprometidas con la política. El interés que guía el estudio suele ser así un interés eminentemente práctico, tendiente no sólo a fijar las correspondientes responsabilidades políticas, sino a sacar de tal estudio guías apropiadas para el quehacer político.

Sin embargo, no se trata simplemente de una lectura políticamente interesada de los acontecimientos, sino que parecería corresponder a una metodología de análisis más extendida. En efecto, no se trata sólo del estudio de fenómenos como la Unidad Popular, sino que parecería cada vez instalarse con mayor fuerza una orientación de estudio en ciencias sociales de fuerte contenido idealista, donde los procesos sociales tienden a ser vistos fundamentalmente como expresión de proyectos conscientemente sustentados y voluntariamente impulsados. Pareciera que, a despecho de la moda posmoderna, el desarrollo de teorías fuertemente racionalizadoras tendiera cada vez más a reducir el análisis social a la evaluación del comportamiento racional de los participantes

desvinculándolos radicalmente de las bases sociales sobre las cuales se hace posible determinado comportamiento.

Plantear a estas alturas que puede ser conveniente considerar el carácter de la estructura social, que hace posibles o imposibles determinados procesos, puede parecer tan esotérico como si se estuviera haciendo referencia al destino para comprender los sucesos históricos. De la misma manera, la referencia a orientaciones diversas al cálculo racional de beneficios o pérdidas, corre el peligro de ser considerada solo una ignorancia de los fines racionales de los sujetos o un aristocrático desprecio hacia el sujeto al que se le atribuye tal irracionalidad. Tal vez sería conveniente, para conmovier ese extremo "subjetivismo" de algunos análisis, lanzar provocativamente la hipótesis de que, no obstante se hubieran desarrollado todas las acciones adecuadas, el proyecto de la Unidad Popular estaba destinado al colapso. Por cierto que no pretendo arriesgar el manicomio con proposiciones como ésta, pero quisiera aquí llamar la atención sobre ciertos aspectos estructurales que condicionaban grandemente las posibilidades del proyecto de la Unidad Popular, a la vez que ensayar interpretaciones del comportamiento social no enteramente comprensibles por su racionalidad instrumental. Más aún, no pretendo solamente mostrar ciertas características de la estructura social, que, por lo demás, ya otros han hecho notar, sino que indicar ciertas constantes analíticas que hasta el día de hoy condicionan fuertemente las posibilidades de la política.

Las Bases Sociales de los Procesos Políticos

Sin ánimo ni capacidad de entrar en consideraciones teóricas de cierta profundidad, se asume aquí, casi como un supuesto, que es el conflicto el que permite determinar las categorías sociales significativas. No existiendo ninguna garantía para aceptar una filosofía de la historia, que

permita entender los procesos de acuerdo a criterios teleológicos, resulta difícil definir la existencia de determinadas categorías sociales, para después "ponerlas en movimiento" de acuerdo a ciertas orientaciones que supuestamente deberían tener, comprendiendo las inadecuaciones reales como desviaciones explicables del comportamiento esperado. Salvo consideraciones típico-ideales, cuya construcción racional suele olvidar los fundamentos culturales que la configuran, con ello se estaría definiendo como significativas ciertas categorías sociales sin que previamente se haya establecido qué es aquello que las torna significativas. Esto no pretende presentar una fórmula novedosa, sino simplemente explicitar algo que tiende a olvidarse con facilidad en los análisis que recurren a explicaciones según una teoría de clases: No son las clases sociales las que definen el conflicto, sino que es el conflicto el que torna significativas determinadas categorías sociales.

Cuando se trata de comprender el fenómeno de la Unidad Popular, más que tratar de determinar el comportamiento que tuvieron ciertas clases, que se trata de definir teóricamente, podría resultar más fructífero atender al conflicto planteado para definir los sectores que fueron significativos al respecto. Naturalmente no es posible ni siquiera intentar aquí tal tarea, de manera que sólo me limitaré a señalar un sector social que el conflicto desatado durante la Unidad Popular tornó particularmente significativo y que parece haber incidido bastante en el desenlace del proceso. Más aún, se podría tal vez sostener que, tanto antes de la UP como después de ella, el conflicto político involucra, aunque de muy distintas maneras, a ese mismo sector.

En todo caso, es durante la Unidad Popular cuando esto se torna más visible. Posiblemente por el carácter de crisis que tal momento adquiere y que es el que en general, como suele decirse, permite que las contradicciones y conflictos se tornen más explícitos que en situaciones de normalidad.

Como se recordará, desde mediados del siglo recién pasado y hasta el fin de la Unidad Popular, uno de los temas más debatidos en las ciencias sociales latinoamericanas era el carácter del sistema económico y el tipo de estructura social prevaleciente, esto último entendido especialmente en cuanto a la configuración de clases sociales. Sin embargo, más allá de las discusiones teóricas, tiende a darse por supuesta una determinada estructura social y, en el caso chileno, se establece una cierta relación entre esa estructura y la representación política. Esto explica, de alguna manera, que esos análisis que he mencionado antes, respecto a la caída de la Unidad Popular, estén teñidos por estas consideraciones acerca de las supuestas afinidades entre sectores sociales y representaciones partidarias. Se podría decir que, a partir de la constitución del sistema de partidos durante los años treinta, la izquierda, el centro y la derecha, son expresivos de los sectores populares, las clases medias y el sector empresarial, respectivamente. Naturalmente que esto es planteado en términos de gran relatividad y nadie sostiene algún tipo de relación simple y directa, pero se da por descontada la existencia de ciertas afinidades.

Obviamente, tal tipo de corte social no se corresponde con ninguna teorización rigurosa, sino que más bien es una mezcla de criterios de clase con criterios de estratificación. Sin embargo, funciona no sólo en los análisis de los prácticos de la política y a nivel de medios de comunicación, sino que, como señalamos, es el punto de partida para los estudios coyunturales que se hacen del período. Más aún, los datos de participación política electoral tienden a corroborar esta simplificación de las relaciones entre sectores sociales y organizaciones políticas, en la medida que se las entienda como tendencias de aproximación y no como identidades. Incluso quien presenta una fuerte crítica a esta idea de las afinidades socio-políticas acompaña un cuadro

estadístico que precisamente ratifica tales afinidades⁴⁷. De manera que es posible sostener que este corte social, preferentemente de estratificación, encuentra una correlación significativa con las orientaciones políticas.

El problema es que esa gruesa caracterización de la estructura social y sus afinidades políticas electivas nada nos dice respecto del sentido de tales afinidades; ni permite explicar el permanente tránsito que se produce en las adhesiones sociales a distintas propuestas. Por otra parte, si se decide adoptar una perspectiva que deseché toda idea que vincule el proceso político a condiciones estructurales, como es el caso de algunas vertientes de la ciencia política, no solamente se pierde la posibilidad de explicar los fenómenos políticos como fenómenos sociales, sino que habría que considerar como meramente accidentales las afinidades recurrentemente encontradas. En cierto sentido, se podría decir que el rechazo a tratar de entender las relaciones estructurales que presentaba la política durante gran parte del siglo pasado impide avanzar en la comprensión de por qué en la actualidad tales relaciones parecen inexistentes.

Desgraciadamente, a pesar de la discusión teórica respecto del problema de las clases sociales en América Latina, en general, y en Chile, en particular, los estudios sobre estructura social son bastante escasos. Con la perspectiva actualmente predominante, que tiene una escasa consideración respecto de las clases sociales, resulta aún más difícil que se hagan estudios concretos sobre la materia. Esto obliga a trabajar con una información bastante débil y sólo permite hacer interpretaciones de gran generalidad. No obstante, si fijamos precisamente la mirada en el conflicto y especialmente cuando este conflicto emerge de manera más explícita, como es el caso de la Unidad Popular, tal vez resulte posible

47 Arturo Valenzuela, "El quiebre de la democracia en Chile", FLACSO, Santiago, 1989.

hacer ciertas precisiones a aquella gruesa caracterización, puesto que la falta de esas precisiones pareciera estar detrás de las dificultades para entender el proceso.

Los Sectores Sociales Significativos en el Conflicto Durante la UP

Entre las más recurrentes observaciones que se hacen al período de la Unidad Popular destaca aquella que apunta a la polarización política⁴⁸, producida ya desde antes de su llegada al Ejecutivo y que se agudizaría extraordinariamente durante su vigencia. Esta agudización de la polarización política se atribuye regularmente al papel de la dirección política, al punto que algunas veces se sostiene que corresponde más a ésta que a una efectiva polarización de las bases sociales. Esto naturalmente da pie a las conocidas críticas respecto a la capacidad de conducir el proceso de la Unidad Popular y regularmente conduce al cobro por las responsabilidades del colapso del Gobierno y de la democracia producido en 1973.

Aunque se conocen tanto las maniobras de los sectores sociales negativamente afectados por la implementación del programa de la Unidad Popular, como la importante participación que tuvo la intervención de BEUU para precipitar la caída del Gobierno de Allende, se asume que los errores corren por cuenta principalmente de la Democracia Cristiana y los partidos de la Coalición en el Gobierno⁴⁹. Esto, porque se supone que sin tales errores las maniobras de aquellos

48 Giovanni Sartori, "Partidos y sistemas de partidos", Alianza Editorial, Madrid, 1980.

49 Varios son los que plantean este análisis. Entre ellos: Manuel Antonio Carrerón y Janina Moulán en "Análisis coyuntural y proceso político", EUDUCA, San José de Costa Rica, 1978; "La Unidad Popular y el conflicto político en Chile", Ediciones Minga, Santiago, 1983; Sergio Birar "Transición al socialismo y democracia. La experiencia chilena", siglo XXI, México, 1979.

no habrían tenido el efecto que tuvieron. Hipótesis imposible de comprobar, naturalmente, pero que resulta plausible al recordar que tales maniobras no lograron impedir el ascenso de Allende a la Presidencia de la República. Por lo que aquí respecta, se puede aceptar como un supuesto que no afecta mayormente al desarrollo del argumento que se expone en cuanto a la importancia de la consideración estructural para entender el conflicto planteado.

Respecto de la D.C., se señala que ella se vio sobrepasada por la agudización confrontacional de la derecha que la arrastró a apoyar sus planteamientos más radicales. En cierta medida, la D.C. se habría mostrado incapaz de organizar una oposición eficaz al Gobierno de Allende, de manera de conciliar su apoyo a ciertas reformas en las que coincidían y, al mismo tiempo, controlar los excesos desestabilizadores en que pudiera incurrir la U.P. Esto le habría quitado iniciativa política, la que habría asumido la derecha más dura y frente a la cual no supo reaccionar oportunamente, sino que terminó sumándose ante la adhesión que esa línea empezaba a encontrar en sus propias bases. Desgraciadamente sólo se cuenta con consideraciones muy genéricas acerca de lo que eran estas bases sociales, cuál era su diferenciación interna y qué es lo que explicaba esta adhesión a posiciones de oposición más duras orientadas al derrocamiento.

Respecto de la Unidad Popular, se plantea la incapacidad de dar una dirección única y coherente al proceso. Las divisiones al interior de esta coalición de Gobierno se habrían traducido en una orientación doble cada vez más inconciliable y que, además, tenía como resultado que ninguna de las dos pudiera desarrollarse convenientemente. De ahí surgen las recriminaciones que representantes de una u otra línea van a lanzar a su oponente como cómplice del colapso definitivo del Gobierno. Unos señalarán que fue el ultraizquierdismo intransigente el que agudizó contradicciones que no podía controlar, impidiendo el desarrollo del

original proyecto de la U.P., que requería consolidar lo avanzado y negociar la continuidad con sectores sociales y políticos con los que se podía encontrar afinidad; la famosa apertura hacia las capas medias y el centro político que permitiría una mayoría sustantiva por los cambios. Los otros criticarán las limitaciones del reformismo, que impediría el desarrollo de una conciencia revolucionaria y pecaría de la ingenuidad ideológica de no considerar la violencia reaccionaria, mostrando una fatal incapacidad para preparar una política militar consistente⁵⁰.

Ahora bien, lo que no se considera en estas perspectivas son las bases sociales que son hechas significativas por este conflicto, atendiéndose simplemente a los actores políticos cuya actuación se evalúa. Como ya se ha dicho, a lo más se atribuye una cierta representatividad social muy gruesa a las diversas organizaciones políticas. Así, se dirá que la D.C. se hace cargo de las demandas de las capas medias y que éstas se hacen cada vez más perentorias a medida que se deteriora la situación económica y aumenta la amenaza de los sectores populares a ciertos valores compartidos por aquellas. De la U.P. se dirá que se agudizan las diferencias entre las líneas que representan principalmente el Partido Comunista y el Partido Socialista, diferencias que se plantean también al interior de los sectores populares que los apoyan. En ambos casos muy poco se dice acerca de las características de los respectivos sectores, ni se entra a analizar las diferencias que podrían encontrarse entre sus componentes.

En general, podría señalarse que hay más comprensión respecto de la heterogeneidad de las llamadas capas medias que respecto a la heterogeneidad de aquello que se define como sectores populares. De la misma manera, se acepta regularmente que el partido demócratacristiano tiene una base social bastante diversificada, que abarca desde sectores populares hasta empresariales, aunque se hace poca referencia a la

50 Carlos Altamirano, "Dialéctica de una derrota", Siglo XXI, México, 1977.

heterogeneidad social que tienen los partidos de la Unidad Popular que, sin extenderse hasta el sector empresarial, parecen representar situaciones sociales bastante diversas⁵¹.

No se intentará aquí hacer consideraciones acerca del tema de las capas medias y el centro político, sino que sólo se pretende presentar algunos alcances respecto a un determinado sector popular y sus opciones políticas, planteando la hipótesis de que se trata de un factor condicionante en las posibilidades de un proceso político como el de la Unidad Popular, así como de otros momentos históricos hasta nuestros días.

Desgraciadamente, para este análisis es necesario proceder también a ciertas simplificaciones que tal vez justifiquen nuevas revisiones del problema. En síntesis, tales simplificaciones nos permiten distinguir en la base popular dos sectores importantes: una base popular ortodoxa, ligada al concepto de clase trabajadora, con una historia de creciente incorporación nacional a través de organizaciones sociales y políticas; y una base popular heterodoxa, generalmente marginada del sistema productivo central y del proceso de construcción nacional y ligada a movilizaciones de carácter más populista o de oportunismo político. Tal diferenciación pareciera bien demarcada a mediados del siglo veinte, cuando se produce una masificación de la participación política, y va a replantearse durante el Gobierno de la Unidad Popular.

Si se atiende a los datos electorales de 1970, es posible sostener que el triunfo de Allende se sostiene fundamentalmente en la base popular ortodoxa, que ya cuenta con una cierta trayectoria política y que pareciera haber jugado un papel importante en la configuración del Estado de

Compromiso que impulsa el proyecto de desarrollo industrializador. En efecto, el 36% de apoyo que logra en esa oportunidad está dentro de los márgenes esperables según el desarrollo histórico de los partidos y sus afinidades sociales. Sin embargo, la mayoría absoluta que obtiene en las elecciones municipales de 1971 ya está dando cuenta de un crecimiento hacia aquella base popular heterodoxa a que se ha hecho referencia. Naturalmente que tal tipo de consideraciones debe tomarse con la natural relatividad, pero lo que interesa dejar sentado aquí es que en gran medida las dificultades de conducción que se presentan en la Unidad Popular no pueden dejar de tomar en cuenta que ellas parecen más bien corresponder a diferencias sociales que a diferencias del discurso político. Dicho de manera más simple, si era posible tener dos líneas políticas es porque había bases para dos líneas políticas; no se trata de simple porfía, maldad o estupidez de dirigentes políticos incapaces de ponerse de acuerdo en una conducción coherente; sino de ciertas condiciones sociales que planteaban posiciones inconciliables: no se podía borrar una línea política sin borrar al mismo tiempo un sector social.

Es necesario aclarar que no resulta fácil distinguir estas diferentes bases sociales del Gobierno de la Unidad Popular, puesto que no presentan la nitidez que normalmente se busca en definiciones de carácter estructural ligadas al sistema económico. Si se habla de carácter ortodoxo y heterodoxo, ello no puede entenderse pura y simplemente en cuanto en unos hay una inserción típica como obrero en la empresa capitalista y en los otros encontramos aquellos que están al margen de tal inserción. Por el contrario, es posible que entre los marginados de la empresa capitalista haya fuertes orientaciones de carácter ortodoxo debido a procesos de socialización, biografías personales, proximidad a sujetos con posiciones de clase y otras consideraciones; a la vez, entre el obrero típico pueden desarrollarse posiciones heterodoxas debido al carácter tradicional de la empresa, tipo de organización sindical, socialización

51 Enzo Valentín, "Las bases sociales de los partidos comunista y socialista", Documento de Trabajo FLACSO, Santiago. Rodrigo Baño, "Conceptos y proposiciones acerca del movimiento popular urbano", Documento de Trabajo FLACSO, Santiago, 1982.

política, proximidad con sectores marginados, etc. En todo caso, lo que aquí interesa sostener es que, en general, el conflicto planteado durante la Unidad Popular permite distinguir alineamientos diferentes que tienden a asociarse con posiciones estructurales diferenciadas.

Regularmente, los estudios políticos se orientan preferentemente al análisis del desarrollo de lo que hemos denominado base ortodoxa, esto es, el proceso de generalización de intereses y de organización social y política de ellos que se produce en el sector de trabajadores ligados a la empresa capitalista moderna. En esta oportunidad nos preocupa fundamentalmente el otro sector, aquél que hemos denominado heterodoxo y que sólo recientemente ha suscitado una mayor preocupación de estudio⁵². En cierto sentido, esto se entiende en cuanto su expresión más visible se produce de manera reciente y esa expresión suele ser mucho más confusa que lo que ocurre con el otro sector.

La Irrupción de las Masas Populares en la Política Institucional

Más allá de la recurrente mitología acerca de una larga tradición democrática de participación política en Chile, es sabido que realmente la participación masiva, específicamente en su expresión electoral, es bastante reciente. No es necesario para ello recurrir al expediente de señalar que, de acuerdo a las actuales valoraciones, no resulta adecuado considerar que existe una gran participación electoral cuando aún no se había establecido el derecho a voto de las mujeres, puesto que ni siquiera considerando exclusivamente la votación masculina ésta resulta muy

extendida. Para decirlo en términos simples, hasta el comienzo de la década del cincuenta ni siquiera un tercio de los hombres que potencialmente podían participar en elecciones lo hacía. Más aun, a comienzos de la década del sesenta, tampoco participaba más de un tercio de los potenciales hombres y mujeres mayores de 21 años que legalmente habrían podido hacerlo. Desde ahí hasta el colapso de la Unidad Popular la proporción de votantes fue mayoritaria entre los que potencialmente podían hacerlo y llegó a niveles bastante elevados.

Estos antecedentes sirven para mostrar que en un corto espacio de tiempo se produjo un fuerte aumento en esa participación institucional, aumento que naturalmente corresponde a una inclusión fundamentalmente de sectores populares, puesto que los otros son los que inician el proceso de participación. Por otra parte, los momentos y la forma en que se produce este aumento de la población votante sirve para apreciar el carácter de esta incorporación, que no presenta un paulatino incremento realizado de manera regular, sino que muestra saltos especialmente significativos.

La observación de los datos sobre cantidad de votantes en elecciones nacionales indica que hasta mediados del siglo veinte prácticamente se mantiene el número de votantes, con un incremento pequeño y regular (en 1938 hay 443.888 votantes y en 1946 hay 479.310). Desde aquí en adelante se producirán dos saltos importantes, en cada uno de los cuales se duplica la votación anterior: en 1952 y en 1964. Aquí pareciera estar la clave de la incorporación de los sectores populares a la política, especialmente de aquellos que he denominado heterodoxos.

En 1952 se trata del "terremoto ibañista". Este fenómeno significa que por primera vez en la política chilena triunfa en una elección presidencial un candidato que está fuera del sistema de partidos. El liderazgo populista de Ibáñez logra una fuerte primera mayoría que obliga

52 Gabriel Salazar es uno de los que más se ha preocupado del tema del "sujeto popular". Ver "Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del s. XIX", ediciones Sur, Santiago, 1985; "Violencia política popular en las grandes alamedas", ediciones Sur, Santiago 1990; con J. Pinto "Historia contemporánea de Chile", LOM, Santiago, 1999.

a su ratificación por el Congreso y al año siguiente arrasa con el consolidado sistema de partidos en las elecciones parlamentarias.

Uno de los errores más frecuentes que se comete es relacionar el triunfo de Ibáñez con el hecho de que esa fue la primera vez que las mujeres participaron en tal tipo de elecciones. Sin embargo, habría que decir que Ibáñez ganó más bien a pesar de las mujeres, quienes votaron preferentemente por el candidato de derecha. Además, la incorporación de las mujeres fue esta primera vez bastante baja, votando apenas un 14% de las que potencialmente podrían haberlo hecho. Esto permite constatar que el crecimiento de los votantes estuvo determinado mayoritariamente por hombres.

Lo que se produce en 1952 pareciera ser la primera incorporación masiva del sector popular marginal a la política. El fuerte contenido populista de la campaña de Ibáñez, esa escoba emblemática que iba a barrer con los poderosos, logra entusiasmar a un importante contingente de esos sectores anteriormente no movilizadas y que se acrecientan en las ciudades producto del fuerte proceso migratorio interno (Ibáñez obtiene mayoría absoluta en las grandes ciudades de Santiago y Valparaíso).

Como es sabido, el proyecto populista de Ibáñez fracasó muy pronto y vuelve a estabilizarse el sistema de partidos en los términos previamente existentes. Sin embargo, este sistema empieza pronto a verse alterado por el rápido crecimiento de la Democracia Cristiana. Este partido tiene su antecedente más directo en la Falange, agrupación política que se mantuvo varios años en contiendas electorales obteniendo un apoyo relativamente pequeño y estable.

En 1957 se crea el partido demócratacristiano, mediante una fusión de los falangistas con socialcristianos y conservadores desprendidos del partido de derecha, y se transformará muy pronto en un gran partido,

pero suele olvidarse el aporte ibañista a esta nueva agrupación. En efecto, el Partido Agrario Laborista, creado como partido de apoyo a la candidatura populista de Ibáñez, se divide en 1957 y uno de sus sectores más importantes apoyará la candidatura de Frei en 1958 y luego otros sectores entrarán al PDC en 1961 y apoyarán la segunda candidatura de Frei desde 1963.

En 1964 tendrá lugar el segundo gran salto en la participación electoral, nuevamente se duplicará el número de votantes respecto de la votación anterior. Es la elección de Frei, el cual es apoyado por una derecha que, asustada por la posibilidad de que gane Allende, renuncia a jugarse una opción propia. El triunfo es aplastante: 56% de los votos contra 39% de Allende. Esta votación de Frei no es enteramente explicable por el apoyo de la derecha, ya que es bastante superior al que tenían la DC y la derecha sumados. Más aún, hay que considerar que se trata de un resultado muy previsible, lo que haría presumir que disminuiría el interés por concurrir a votar, sin embargo la cantidad de votantes es muy superior a todas las elecciones anteriores, incluso baja fuertemente la abstención respecto a otras elecciones presidenciales más competitivas. Todo ello pareciera demostrar que se trata de un segundo momento de importante crecimiento de la participación electoral marginal y que este crecimiento se vuelca a un liderazgo que nuevamente aparece con características populistas y mesiánicas. Lo cual pareciera corroborarse con una mayor votación freista en las grandes ciudades que acumulan un fuerte flujo de migrantes que viven en la marginalidad, especialmente en Santiago, donde supera el 61% del total de votos.

Aunque en el caso de Frei el carácter populista no es tan evidente como en el caso de Ibáñez, es posible señalar ciertos aspectos semejantes en cuanto a la fuerte personalidad del líder y la fuerza emotiva de su discurso. Si a ello agregamos el aporte ibañista que se ha señalado respecto al traslado de fuerzas del P.A.L., especialmente de ciertos personajes

representativos del caciquismo político, encontramos interesantes similitudes. Además está claro que una proporción importante del apoyo a Frei se encuentra en ese notable aumento de votantes provenientes de sectores populares.

Todo lo anterior viene a dar cuenta del carácter de la incorporación a la política de los sectores populares anteriormente alejados de ella. Al parecer su incorporación tiene características distintas a las que anteriormente ha tenido la participación política de los sectores populares organizados socialmente en sindicatos y políticamente en los partidos marxistas, especialmente el Partido Comunista. Los estudios sobre bases sociales del Partido Comunista tienden a corroborar su mayor vinculación a posiciones ortodoxas de clase definida estructuralmente, mientras que los socialistas muestran una base más compleja.

La Unidad Popular y sus Bases Sociales

A diferencia de las elecciones de 1952 y 1964, en 1970 no se produce un significativo aumento de la participación electoral. Naturalmente no era posible una nueva duplicación de los votantes, puesto que ya se había alcanzado una proporción superior a los dos tercios de los que potencialmente lo eran, pero sí había margen de crecimiento bastante superior al que se produjo. Más aún tratándose de una elección que se anunciaba muy reñida. Sin embargo no sólo el crecimiento de la votación fue moderado, sino que incluso hubo un notorio aumento de la abstención electoral (de 13,2% en 1964 subió a 16,5% en 1970).

Pareciera que la base social de Allende fue fundamentalmente lo que se ha denominado sectores populares ortodoxos, nucleados en los partidos marxistas, que incluso vieron esta vez disminuido su apoyo electoral respecto a elecciones anteriores. El estrecho triunfo allendista claramente sólo fue posible por la división de las otras fuerzas. Parece probable que

la candidatura más personalista de Alessandri se viera beneficiada por un importante apoyo de sectores populares heterodoxos, especialmente si se observa que este candidato obtiene un 15% más de votos respecto de los que tenía su apoyo partidario.

Pero las cosas parecen cambiar radicalmente con la Unidad Popular en el poder. En la primera elección que se hace después de la victoria de Allende, el año 1971, más allá del apoyo que tradicionalmente se le presta al reciente ganador, pareciera recogerse un apoyo oportunista de los sectores heterodoxos ante el desarrollo de una serie de medidas inmediatas de beneficio popular directo que incrementan los beneficios de las políticas públicas y que promueven una fuerte redistribución del ingreso y el aumento de oportunidades laborales. No es difícil señalar al comienzo del período de la UP claras medidas de carácter populista, muchas de ellas promovidas conscientemente para obtener un mayor respaldo popular, pero, más allá de eso, es necesario también prestar atención a los efectos de la movilización de los sectores populares antes no movilizados.

Interesa en este punto rescatar un punto que puede ser de gran importancia en el análisis de este sector. En efecto, si bien estas medidas populistas pueden actuar como impulso a la movilización de estos sectores en apoyo de la Unidad Popular, también se hace necesario considerar que las posibilidades reales de acción de estos sectores populares, que son incentivados a participar y a los cuales no se les aplican las habituales medidas represivas, permite que encuentren en la propia acción el rechazo a la exclusión que los caracteriza. Dicho de manera más directa: la posición de estos sujetos es definida fundamentalmente en términos de exclusión y la negación de esa exclusión se produce en cuanto recuperación del sentido comunitario, sentimiento de pertenencia a una totalidad de la cual se sienten parte, y este sentido de comunidad corresponde a acciones de este carácter. Eso es lo que hace que los sujetos excluidos se resalten

en el accionismo comunitario independientemente de expectativas racionales de logro de determinados objetivos conscientemente deseados. En este caso resulta particularmente claro que los análisis hechos en términos de la estricta racionalidad de fines de los actores puede llevar a importantes carencias en la explicación. Esto puede producirse debido a la común confusión entre los requerimientos científicos de tratar de entender racionalmente los comportamientos sociales y la arbitraria suposición de que todas las acciones son racionales.

En las elecciones municipales de 1971, aunque por leve margen, la UP logra la mayoría absoluta, mostrando un fuerte crecimiento desde el tercio que obtuvo en las presidenciales de 1970. Lo más notable es que este espectacular crecimiento es acaparado casi en su totalidad por el Partido Socialista, que no sólo es el que presenta una base social más diversificada, sino que desarrolla un discurso mucho más emotivo y rupturista. Simplemente pareciera que el sector popular heterodoxo se vuelca al apoyo de la UP atraído por su política populista y privilegia a aquel partido que se muestra más partidario de intensificar la movilización social y profundizar esa política aun contra la opinión de los sectores más ortodoxos identificados con el Partido Comunista.

A comienzos de los setenta es necesario considerar la importancia que tienen los sectores populares rurales, los cuales han experimentado una muy reciente incorporación a la escena política a raíz de la reforma agraria y las movilizaciones consiguientes desde el Gobierno de Frei. Aunque este sector bien merecería un análisis más detallado, es apropiado señalar que aquí también es posible hacer diferenciaciones de importancia entre aquellos que son participantes directos y regulares del proceso de Reforma Agraria, por tratarse de trabajadores dependientes de los predios expropiados y los que, por el tipo de inserción en la producción, son marginados de tal proceso (afuerinos, minifundistas, trabajadores de predios que no califican para la expropiación, familiares, etc.). Estos

últimos son asimilables al sector popular heterodoxo de las ciudades. Respecto de estos sectores rurales marginales a la Reforma Agraria oficial, se podría señalar que adherirán al proceso iniciado por la Unidad Popular en la medida que éste permite su movilización activa para poder participar en los beneficios del proceso, lo cual es reforzado en la medida que la intervención estatal en el campo se intensifica para responder a las demandas que allí se plantean. Naturalmente en este caso la adhesión al proceso de la Unidad Popular se va a orientar hacia aquellos partidos que más planteen la necesidad de intensificar el proceso, como es el caso de los socialistas, el MIR y el MAPU, lo cual da cuenta del alto grado de conflictividad en el campo.

La historia de la división política de la Unidad Popular es bastante conocida como para repetir la aquí. Los alineamientos de las organizaciones políticas en una u otra alternativa se repiten constantemente, de la misma manera que se hace referencia a las distintas formas de organización social con que opera cada una de ellas. No es del caso repetir lo aquí, pues lo que interesa resaltar es que la diferenciación no es una diferenciación planteada por determinados dirigentes o por ideologías prevalentes en agrupaciones políticas, sino que, a la inversa, es una diferenciación social la que se expresa en esas distintas opciones expresadas a nivel de líderes y agrupaciones sociales y políticas.

Puede que resulte muy gruesa la caracterización de los dos sectores que se han mencionado, pero pareciera claro que el apoyo popular al Gobierno de la Unidad Popular es muy distinto según se trate del sector popular ortodoxo, más integrado al nivel de producción, como es el caso de los mineros y obreros de empresas consolidadas, que si se trata del sector popular heterodoxo, más marginal a nivel de producción (de inserción precaria, cesante, independiente, doméstico, etc.). Sin embargo, esto no pretende redirir aquellas propuestas que proclamaban el aburguesamiento de la clase obrera y el carácter revolucionario que

podrían adquirir estas masas marginales que serían las que efectivamente "no tienen nada que perder". Esto no sólo constituiría una versión bastante pobre del cuestionado "esencialismo de clases", sino que desconocería el carácter integrativo y oportunista que ha mostrado históricamente el sector excluido. Por cierto que la movilización integrativa no es necesario que se haga a la sociedad existente, sino que también puede plantearse respecto de una sociedad que se imagine como futuro, pero está claro que esto habrá que determinarlo en cada caso y que la integración no opera necesariamente en cuanto acciones racionalmente orientadas en ese sentido.

El conflicto que se plantea en la base social de apoyo al Gobierno de la UP sería lo que condicionaría las dificultades de una solución política y no a la inversa. Hay un apoyo popular del sector ortodoxo, que se traduce en una movilización para consolidar posiciones vinculadas a la producción, que no resulta fácil de conciliar con el apoyo del sector heterodoxo, que se manifiesta en una movilización accionalista expresiva y comunitaria⁵³, cuya racionalidad de fines suele vincularse directamente al consumo. La política de la Unidad Popular tratará de responder a ambos sectores, puesto que necesita el apoyo de toda la base popular para enfrentar las poderosas resistencias que encuentra para desarrollar su proyecto, pero esto no resulta posible y las tensiones en vez de disminuir se agudizan hasta paralizar toda iniciativa.

Uno de los fenómenos que más llama la atención del período de la Unidad Popular puede ser ilustrado recurriendo a una frase fácil de retener: la Unidad Popular tuvo poco de unidad, pero tuvo bastante de popular. Tal vez no podía ser de otra manera. Por eso, más allá de las repetidas consideraciones acerca de las diferencias internas de las bases

53 En el libro "Lo social y lo político", Ediciones Ainavillo, Santiago, 1985, intento abordar el comunitarismo del sector poblacional.

políticas de apoyo, resulta asombroso que en marzo de 1973, con gravísimos problemas económicos, sociales y políticos, y con una oposición lanzada a la ofensiva, la Unidad Popular lograra cerca del 45% de los votos en las elecciones parlamentarias. Esto revela que, a pesar de tan negativas circunstancias, la UP mantuvo hasta el fin un alto respaldo popular. El leve aumento de la abstención y el hecho de que sea el Partido Socialista el que experimente una mayor pérdida de votos, pareciera indicar que, con respecto a 1971, la baja experimentada correspondería mayormente a la base popular heterodoxa, sin embargo tales resultados revelan que la Unidad Popular logró mantener en esa elección un fuerte apoyo en ambos sectores.

La tan repetida solución para evitar el colapso, que contempla la apertura a una ampliación de su base de sustentación hacia las capas medias, a través de un acuerdo político con el centro, seguramente habría significado una pérdida importante de apoyo popular, especialmente en el sector heterodoxo, el cual se habría visto frenado en su accionar comunitario y habría evaluado como un retroceso un acuerdo de consolidación en que no participaba. En estas condiciones tal vez no se habría producido el colapso de la Unidad Popular a través de un golpe, pero se habría producido su colapso como proyecto político y es imposible saber cuáles habrían sido las consecuencias de esto. Por el contrario, si se optaba por impulsar la movilización accionalista, no sólo se produciría un fuerte enfrentamiento con las capas medias, sino que también habría pérdida de apoyo popular de aquellos sectores ortodoxos de mejor posición en el sistema productivo que estaban ansiosos de consolidar las mejoras obtenidas. En estas nuevas condiciones resultaría muy difícil imponerse ante los fuertes poderes que resistirían tal movilización.

Por cierto que se tiene conciencia de que se está procediendo mediante simplificaciones brutales, no obstante, ello sólo tiene por objeto darle más nitidez a una interpretación que requiere mucho más trabajo y

sutiliza y que sólo intenta provocar el interés por los aspectos más sociales del problema. En este sentido, se puede decir que son estos aspectos sociales los que permiten vincular el análisis de período de la Unidad Popular con sus antecedentes en el carácter del conflicto y de las movilizaciones sociales previas. De la misma manera, es posible que un análisis en estos términos nos dé la oportunidad de entender algunos procesos que se desarrollan hasta nuestros días.

Los Sectores Populares y la Política Después de la Unidad Popular

Muy poco es lo que se sabe respecto de lo que ocurre políticamente con los sectores populares durante gran parte del régimen autoritario. La época del terror desarticuló sus organizaciones sociales y políticas y el deterioro económico exigió estrategias particulares de sobrevivencia. No obstante, el Gobierno militar fue consciente de la diferenciación interna de los sectores populares y trató de manejar estas diferencias en su favor. El discurso fue sencillo: los trabajadores regularmente incorporados a las empresas productivas constituían un sector privilegiado que, gracias a las presiones sindicales y políticas, habían logrado aceptables niveles de bienestar; los verdaderos pobres eran los marginales, a ellos habla que ayudarlos a salir de la miseria. Es posible que este discurso, acompañado por una focalizada política de subsidios a la pobreza, le haya permitido desarrollar en parte de los sectores heterodoxos lo que se conoce como "pinochetismo popular", pero la regresiva política de distribución del ingreso y las altas tasas de cesantía difícilmente logran suscitar apoyo entre los sectores populares.

Más allá de algunas situaciones puntuales, los sectores populares volverán a aparecer en la política a raíz de la crisis económica iniciada en 1982. Si nos centramos en las mayores movilizaciones, que son las que se desarrollan en torno a las llamadas "protestas", es posible apreciar que

nuevamente se planteará la división de los sectores populares, la cual se aprecia en términos del movimiento sindical y el movimiento poblacional⁵⁴. Quien convoca a las protestas es el movimiento sindical, pero quien las realiza es el movimiento poblacional. Entre ambos movimientos es posible encontrar grandes diferencias en cuanto objetivos y métodos, y más que acercarse tienden a diferenciarse. Finalmente la transición se realizará aislando a este sector popular heterodoxo y sus movilizaciones, lo que permite la hegemonía del centro político y los sectores medios en el control del proceso. No obstante, con esto no desaparece el conflicto centrado en la exclusión ni desaparecen los sectores que esta exclusión hace significativos.

En la primera elección presidencial que se realiza después del largo período del general Pinochet triunfa con facilidad el candidato de la Concertación de Partidos por la Democracia, pero lo que más interesa resaltar aquí es que en esa oportunidad concurre un candidato de derecha, Errázuriz, de fuerte estilo populista que obtiene un inesperado apoyo de más del 15% de la votación.

En la próxima elección presidencial pareciera que el apoyo de carácter populista se inclinará hacia la candidatura de Eduardo Frei Ruiz Tagle, que pareciera beneficiarse del aura carismática que tuvo su padre. Esto le permite obtener una abrumadora mayoría del 58%, sin considerar la votación de otras fuerzas políticas que anteriormente habían apoyado al candidato de la Concertación y que ahora van aparte y suman un 12%. Es decir, el solo "efecto apellido" le significa un 15% más de votos que los obtenidos en 1989.

Desde esa elección de 1993 en adelante el fenómeno político más importante será el continuo crecimiento de la apatía política. Los no

⁵⁴ Véase el texto "Lo social y lo político" señalado en nota anterior.

votantes pasarán de aproximadamente un 20% en 1993 a un 30% en 1996 y a un 40% en 1997. Socialmente estos no votantes son mayoritariamente jóvenes, que rehúsan inscribirse en los registros electorales, y se ubican preferentemente en las comunas que agrupan a la población de ingresos más bajos; se trata fundamentalmente de sectores populares.

En la elección presidencial de 1999 es la única vez que se produce una importante baja en el porcentaje de no votantes, el cual cae de un 40% a un 30%. El candidato de derecha Joaquín Lavín, que desarrolló una campaña de fuerte estilo populista y personalista antipartido, logra tal cantidad de votos que sólo le faltó un poco más del 2% para ganar la Presidencia en la primera vuelta. Más aún, es posible sostener que el porcentaje de no votantes no disminuyó más debido al fuerte peso que tienen los no inscritos. Dado el plazo de seis meses con que se cierran los registros electorales antes de una elección, la tardía campaña populista de Lavín no alcanzó a tener efecto entre esos no votantes. Quizás es lo que le faltó para ganar.

Los datos sobre participación electoral parecerían ser bastante consistentes en señalar que, en esta Segunda República inaugurada en 1989, la orientación general de este sector popular, que hemos denominado heterodoxo, en cuanto no corresponde a una definición clara en términos clasistas para una economía capitalista y no puede ser tampoco catalogada como parte de las "capas medias", es hacia la no participación. Esto contradice versiones que indican (aunque para países desarrollados) que ha surgido un nuevo tipo de apatía o desinterés por la Política que ya no correspondería a los sectores populares, sino que se instalaría en estratos medios de la población y en sectores de mayor nivel de educación. En el caso chileno, la información disponible permite constatar que los niveles de no inscripción en los registros electorales son mayores en las comunas más pobres, y que las abstenciones, y votos

nulos y blancos también son superiores en estas comunas que en las más pudientes.

Esta apatía electoral, que empieza a crecer rápidamente desde que pasa el momento dramático del plebiscito de 1988 y a medida que avanza la homogeneidad de orientación de las distintas fuerzas políticas, sólo pareciera romperse en las elecciones presidenciales a favor de quien aparece expresando cierta personalización de opciones que tienen o son definidas con un fuerte tinte populista. Así ocurre con Errázuriz en 1989, con Frei en 1993 y con Lavín en 1999. Notoriamente en las elecciones que siguen a estas presidenciales vuelve a subir la no participación, vale decir, los partidos que apoyaron a esos líderes no logran retener la votación que obtuvo el respectivo personaje.

Constantes y Variables

Una de las consideraciones más repetidas en casi todos los análisis sociales y políticos es que todo ha cambiado radicalmente y que ya los antiguos patrones de interpretación simplemente no sirven: estamos en una sociedad distinta con una política distinta y es nefasto quedarse en el pasado. En efecto, basta con echar una rápida mirada a las características de nuestra sociedad y nuestra política para darse cuenta que son bastante distintas de lo que eran en el período de la Unidad Popular: la estructura social es claramente diferente, piénsese en el peso y las características del sector agrario, la burocracia estatal o el trabajador industrial, los cambios en las capas medias, y, lo que quizás sea más importante, las nuevas formas que adquiere la relación laboral; los partidos y acciones políticas son diferentes, compárase el tipo de organización partidaria, el papel de las ideologías, los grados de polarización, el estilo de las campañas. Parece que efectivamente hay mucho cambio. Sin embargo hay también constantes de importancia a las cuales no se les da la importancia que parecen tener.

De acuerdo a lo que se ha venido desarrollando en esta exposición, es posible señalar que hay una cierta permanencia de un conflicto que puede considerarse gruesamente en términos de exclusión, conflicto que define como sectores significativos a una masa popular que, aunque presenta una gran heterogeneidad de carácter estructural, básicamente corresponde a aquellos sectores populares que no quedan incluidos en términos ortodoxos y de manera regular como clase trabajadora en la producción capitalista. Esta masa popular ha sido denominada de distintas maneras, como masa marginal, sector informal, sectores vulnerables, situaciones de pobreza, etc., y corresponde básicamente a los desocupados crónicos, trabajadores por cuenta propia populares, obreros sin calificación y de ocupación temporal, trabajadores domésticos y otros que están en condiciones similares.

Como se ha señalado, estos sectores populares, denominados heterodoxos, entran en la política electoral a través de la movilización populista de Ibáñez en 1952, apoyan el liderazgo demagógico de Frei en 1964 y se abstienen o apoyan al candidato de derecha en 1970. Una vez instalado el Gobierno de la Unidad Popular, se produce la movilización masiva de estos sectores en apoyo de la Unidad Popular como un medio de obtener su integración hacia satisfacciones inmediatas en el consumo, a la vez que encuentran en la acción la realización comunitaria que niega su exclusión. Será en estos sectores donde se desarrollará con fuerza la alternativa más rupturista y revolucionaria y las posiciones de carácter más moderado difícilmente encontrarán eco en estos sectores. El grave problema de la división interna de la Unidad Popular encuentra en esta división social, antes que en la división de las orgánicas y dirigentes, la condición básica que dificulta las posibilidades de éxito de cualquiera de las alternativas planteadas.

El régimen militar tratará de utilizar en su beneficio esta división de los sectores populares, intentando enfrentar a los trabajadores con estos

"verdaderos pobres". Es posible que mediante políticas clientelísticas apoyadas en una focalización de subsidios a la pobreza obtenga cierto éxito en términos de desarrollar un cierto "pinochetismo popular", pero el carácter regresivo de la política económica, que genera una alta cesantía crónica y un crecimiento de la pobreza, genera un descontento que estalla con las protestas nacionales. Aunque estas son centrales para provocar el desafío de la transición, ésta sólo se hará posible en la medida que se controle la efervescencia popular.

Cuando se vuelva a las prácticas democráticas nuevamente aparecerá este carácter de desmovilización o populismo en estos sectores populares, mostrando una continuidad de comportamiento que desmiente la tan proclamada transformación social y política. Pareciera que, después de medio siglo, estas masas populares siguieran dando cuenta del conflicto de exclusión de la misma manera. El problema es más actual aún, ya que, en la medida que el modelo económico vigente parece tener una mayor fuerza de exclusión que el que terminó por colapsar en 1973, la alternativa de estabilidad pareciera descansar fuertemente en mantener niveles de no participación política cada vez más elevados. Esto no excluye estrategias de campañas electorales de corte populista, como la recientemente practicada por Lavín, pero requiere un alto grado de control que permita recuperar con rapidez la despolitización. Tal vez eso no sea tan difícil, pues en medio siglo de participación política esos sectores populares heterodoxos han defraudado las expectativas revolucionarias que algunos tuvieron en ellos y normalmente han optado por la apatía o el populismo, salvo cuando, estando ya la Unidad Popular en el poder, lograron niveles inéditos de satisfacción de sus demandas y se involucraron en el accionismo comunitario que les hacía tener la vivencia de la negación de la exclusión.

Naturalmente que de aceptarse como plausible el análisis que aquí se hace pueden derivarse consideraciones importantes para la política

práctica, pero no es esa la intención de estas líneas, sino simplemente tratar de entender ciertos aspectos del proceso político a menudo olvidados por aquellas consideraciones prácticas.

LA UNIDAD POPULAR COMO CONSTRUCCIÓN DE SOCIEDAD

HUGO ZEMELMAN*

Muchas gracias por la invitación. Voy a tratar de concentrarme en el período de los tres años de la Unidad Popular, señalando algunos rasgos, tanto de la coyuntura, como de lo que representa ese momento histórico en el proceso de desarrollo más amplio del país. Porque de otro modo no se entiende lo que ocurre hoy, lo que ocurrió con el régimen militar y lo que pasa hoy en día con la Concertación. Creo que una primera afirmación se refiere al gran tema de cómo fue posible esa experiencia, más allá de lo electoral, más allá del 36% o del 39%. ¿Qué expresa el período de Allende desde el punto de vista de la historia del país, qué es lo que la hace posible? Ese es un primer gran tema. Un segundo gran tema es cómo se puede caracterizar el período de la Unidad Popular como esfuerzo de construcción de una sociedad nueva y todos los problemas asociados a la idea de construcción, tanto en el plano ideológico, valórico, político, etc., en cuyo marco cabría señalar las grandes posibilidades que ahí se abrieron y también sus grandes limitaciones. Y la tercera gran cuestión es, qué es lo que permite entender del presente ese período histórico o esa coyuntura histórica, que es lo que nace con el golpe militar que de alguna manera o de otra se contiene desde antes y que explica, en alguna manera significativa, la naturaleza

* Del Colegio de México.

